



El árbol de la vida

La odisea de la plata española

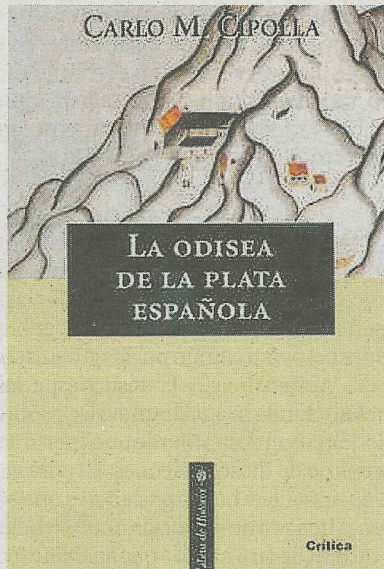
EN 1996 SE PUBLICA EN ITALIA

La odisea de la plata española, un ensayo que pone de manifiesto el aliento narrativo de Carlo Maria Cipolla, su enorme capacidad para contar historias, evidenciada ya con el irreverente y sugestivo *Allegro ma non troppo*. Planteando un tema que le es muy conocido, a saber, la expansión y la circulación de la moneda en la Edad Moderna y sus consecuencias en el desarrollo del comercio internacional, Cipolla inicia el libro de forma luminosa, con la evocación de una serie continuada de acontecimientos extraordinarios que favorecen a España en el período que va de 1530 a 1560 y le convierten en la primera potencia. Ese momento crucial viene determinado por el descubrimiento de Potosí y Zacatecas, hecho decisivo que se produce acompañado de la aparición de nuevas técnicas que mejoran la amalgama de la plata con el mercurio.

Como es sabido, el sistema de flotas y convoyes organizado por la corona española contaba con el problema de la piratería y la violencia de las tempestades. Entre las mercancías que llegaban de las Indias el aspecto más importante era el 'tesoro', es decir, la plata. Como el contrabando y el fraude eran bastante frecuentes en la importación de plata, pues lo que se pretendía era evitar pagar impuestos, todo induce a pensar que la cantidad de plata que llegaba a España era mucho mayor que la registrada. En cualquier caso, pese a esta enorme cantidad de 'plata fuera de registro', el siglo



Pese a la enorme cantidad de 'plata fuera de registro', el siglo XVI marca un hito porque durante la Edad Media, hasta el siglo XV, Europa había sufrido una escasez de metal que dificultaba las relaciones comerciales internacionales



XVI marca un hito porque durante la Edad Media, hasta el siglo XV, Europa había sufrido una escasez de metal que dificultaba las relaciones comerciales internacionales. Por eso, la llegada de la plata en el siglo XVI es una novedad que Cipolla no duda en calificar de 'revolucionaria'.

Invadido el mercado europeo por determinadas monedas, entre las que destacan los reales de a ocho, Cipolla es consciente de que faltan documentos para poder precisar determinados temas, sabe que a veces «debemos contentarnos con vagas e imprecisas impresiones generales». Ello no le impide seguir adelante con su argumento, analizando el flujo de plata (el real de a ocho) hacia Europa y hacia Oriente en segundo término. Conviene no olvidar que, desinteresados por los productos europeos, desde China e India

lo que se demandaba especialmente era plata y plomo. Es así como los productos orientales llegaban a Europa y los productos europeos iban camino de las Indias, siendo la plata española, especialmente el real de ocho, la que permitió el volumen comercial desarrollado en los siglos XVI y XVII.

Ahora bien, no se puede hablar de imperio monetario castellano porque desde el siglo XVII el comercio de la plata que llegaba de Oriente estaba controlado por las compañías holandesa e inglesa. Desgraciadamente, la plata que llegaba de las Indias escapaba al control español, control que era ejercido por Génova, Portugal y la compañía de las Indias. La cuestión que sigue siendo un misterio, en palabras de Cipolla, es cómo una moneda tan fea, tan mal acuñada, tan fácilmente cercenable, y con tan poca estabilidad en peso y ley como era el real de a ocho pudiese encontrarse en todos los rincones del planeta.

Siendo la balanza comercial inglesa negativa en sus relaciones con China, la situación cambiará a partir del siglo XVIII, desde el momento en que la compañía inglesa de las Indias orientales apuesta por exportar masivamente el opio desde la India hasta China. A partir de ese momento la situación se invierte y la plata, acumulada en los tesoros imperiales de Pekín, inicia el camino de vuelta a Occidente. Así culmina la odisea de la plata española en el siglo XIX, enfrascada en los mecanismos del comercio internacional.

Pedro Amorós

Estilo cactus

MI mujer y mi hija me han comprado unos cactus, para que absorban (por así decir), las energías electromagnéticas (por llamarlas de algún modo) que desprende el ordenador con el que escribo. Al parecer vivimos rodeados de ondas destructivas (el microondas, las antenas de los repetidores telefónicos, los televisores, los cables de la luz, y quién sabe cuántos aparatos más) que acabarán por hacer que nos crezca un boniato en el cerebro, si es que no nos ha crecido ya.

Los cactus vienen en dos botellas de cristal, con sus piedrecitas de drenaje, con su tierra y sus raíces al descubierto. El caso es que los cactus, igual que los barquitos de vela que también se montan en el interior de las botellas, son más grandes que el cuello y la boca de sus respectivos recipientes. Como los cactus no se pueden introducir plegados, que yo sepa, imagino que se introdujeron cuando eran pequeños y que han crecido en su interior, para pasmar a los observadores proclives a los pasmos en relación con los fenómenos del mundo natural.

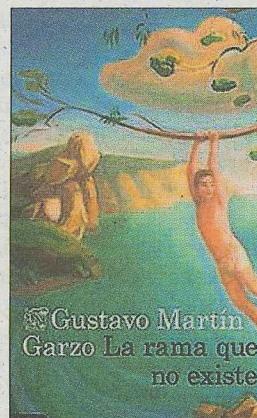
No sé con exactitud cuáles son las propiedades de los cactus para atrapar las energías nocivas que vuelan por el aire de mi despacho, filtrarlas y transformarlas en energía saludable; pero como mi hija y mi mujer están convencidas del poder regenerador de estas plantas tan extravagantes yo también estoy convencido. Me basta la fe de los que quiero para que mi fe despierte a los secretos del universo. Por lo demás, si las plantas pueden llevar a cabo la fotosíntesis, estoy dispuesto a creer que pueden lograr lo que se propongan. No seré yo quién ponga en duda sus virtudes, destrezas y cualidades.

Los tengo ahora encima del escritorio, trabajando a mi servicio con esa paciente indiferencia milenaria que tienen los cactus, por diminutos que sean. La flora me pone meditabundo. No sé lo que opinarán ustedes, pero la verdad es que no me parece de este planeta. Nos hemos acostumbrado a su existencia, pero sólo por la fuerza de la costumbre. Un animal es raro, muy raro (un perro, una libélula, una oruga) - pero las plantas son casi inconcebibles, creo que por su quietud. El hecho de estar ahí plantadas, creciendo hacia arriba y hacia abajo, sin decir ni mu, me las hace muy sospechosas.

Como trato de estar en armonía con el planeta, y, en especial, con los planetas exógenos de mi mujer y mi hija, procuro extraer enseñanzas de todas las cosas que me ocurren. De un tiempo a esta parte, considero que la realidad se esfuerza en hablarme a través de sencillas metáforas, mediante ejemplos de apariencia inocente. Me aconsejan las sábanas de la cama, la cristalería doméstica, el gel de la ducha, y, por descontento, los cactus.

Me dice: *Marzal, has de volverte como nosotros. El camino es el estilo cactus. Cada vez más seco. Cada vez más inmóvil. Respira y transforma el veneno en agua bendita, o en mezcal. Paciencia, hermano.*

SOLAPAS



GUSTAVO MARTÍN GARZO

La rama que no existe

EDITORIAL DESTINO

► El narrador de esta historia es un profesor de ciencias en un instituto de secundaria. Lleva una vida de lo más anodina: sin alicientes artísticos, ni casi vitales, aunque con grandes dotes para la observación. Todo cambia cuando conoce a Claudia, la enigmática nueva profesora de literatura que ha llegado a su instituto, de quien se enamorará perdidamente, y poco a poco irá conociendo lo que se esconde detrás de tanto misterio.